

EN EL LAGO DE TIBERIADES.

Este es Genesareth; esa comarca
 Que enfrente miro, de las *Diez-Ciudades*
 Fué la región: Betsaida, Tiberiades,
 Mágdalo, Cafarnáum, mi ojo abarca.
 Brisa apacible nuestra vela enarca.
 ¡Oh Dios! En tu furor no me anonades
 Si te pido que recias tempestades
 Desencadenes hoy contra mi barca.
 Aquí del buen Jesús olas y viento
 Agitaron la fragil navecilla,
 Y Él las calmó con celestial acento.
 ¿Y se resignará de orilla á orilla,
 Un pecador, á navegar contento
 Sin que ruja la mar bajo su quilla?

ODA III.

EL AMOR MOJADO.

I

Era una noche tempestuosa y fría.
 Allá en el Septentrión, con pié ligero
 La *Osa Mayor*, del celestial *Boyero*
 Hacia la izquierda mano se movía.
 Tras sus fatigas, el mortal dormía
 Acá en la tierra, cuando Amor artero,
 En medio de terrífico aguacero,
 Vino á llamar á la morada mía.
 —¿Quién á turbar mi plácido reposo,
 A tan extrañas horas se presenta?
 Exclamé entre mohino y receloso.
 —Abre, me respondió, ¿qué te amedrenta?
 Un niño soy que, errante y temeroso,
 Se quiere guarecer de la tormenta.



II.

A compasión me mueve su quejido,
 Salto del lecho, enciendo mi linterna,
 Y, sin pensar, de la mansión paterna
 Abro las puertas al rapaz de Gnido.
 Junto al hogar de calentarlo euido;
 Lo siento con amor sobre mi pierna,
 Mientras secando va mi mano tierna
 El sedoso cabello humedecido;
 Sus manecitas pongo en mi regazo,
 Y al enjugar la espalda, con asombro
 Miro dos alas de gentil plumaje.
 Un arco le descubro bajo el brazo,
 Y una aljaba, que cuélgale del hombro,
 Y forma sólo su sencillo traje.

III.

Enjuto y reanimado por el fuego
 Que en mi flamante bogar chisporrotea,
 De mi seno se aparta, y juguetea
 El niño alado que llamamos ciego.
 Su aljaba y arco sin temor le entrego,
 Y—Deja, exclama, *déjame que vea*
Si servirán aún en la pelea,
Ó inútiles están con tanto riesgo.
 Mírame: con certera puntería
 Una saeta al pecho me dispara,
 Y añade con sarcástica alegría:
 —¡Oh huésped! ¿No me das los parabienes?
Es bueno mi arco, vuela bien mi vara;
Pero tú el corazón herido tienes.



EL EPISCOPADO.

Incredibile, ergo divinum.
 Tert. adv. Marc.



REFIERE S. Márcos en el capítulo primero de su Evangelio: que pasando Jesús por la rivera del mar de Galilea, vió á Simón y á Andrés, hermano de éste, que echaban sus redes en el mar. pues ambos eran pescadores. y les dijo: *Seguidme y hare que seáis pescadores de hombres.*

Reflexionando sobre la sublime sencillez de esta augusta vocación y comparandola con la incontestable realización de la profecía, no puede menos de exclamarse, con un ilustre viajero al contemplar las ruinas de Tiro: *El oráculo se ha cumplido.*

Cuando en la plenitud de los tiempos llegó el momento oportuno para que la doctrina del Crucificado fuera enseñada á todas las gentes. la primera vez que aquel Simón llamado después Pedro, echó sus redes para sacar á los hombres del abismo de su ignorancia y de sus pasiones, cogió tres mil, la segunda cinco mil, é insensiblemente ya no fueron hombres. sino ciudades, provincias, el imperio. el mundo entero, lo que aquellos pescadores cogieron y han guardado constantemente desde entonces en sus invisibles redes.

Hace diez y nueve siglos que doce hombres rudos é ignorantes, como pertenecientes á la última esfera social del pueblo más despreciado de la tierra. emprendieron la conquista del mundo, sin otras armas que la palabra y el ejemplo, teniendo por cabeza á uno de ellos, que había temblado ante una criada y negado á su Maestro á quien momentos antes había ofrecido sacrificarle su vida. No eran eminentes filósofos como Sócrates y Platón; ni grandes apologistas de la doctrina, como lo fueron después Orígenes y Tertuliano. No eran profundos teólogos como S. Agustín y Santo Tomás, ni oradores tan elocuentes como S. Juan Crisóstomo y Bossuet. Eran simplemente trabajadores del mar de Galilea, tan humildes y analfabéticos como no podían serlo más; pero que desde el momento en que el Hijo de Dios los había designado para que fueran pescadores de hombres. debían llegar á subyugar á éstos, marchando imperturbablemente de triunfo en triunfo y de conquista en conquista, hasta hacer que el mundo entero se postrase humillado, al par que reconocido. ante el signo augusto de la redención.

Bien pudo Jesucristo encomendar el establecimiento de su religion, á los filósofos, á los césares y á los poderosos de la tierra; pero en tal caso, la obra sería humanamente

explicable y ningún prodigio habría venido á revelar en ella la intervención divina. Por el contrario desde el momento en que se reflexiona en el inmenso contraste que se advierte entre la magnitud de la empresa y la ineficacia aparente de los medios, propuestos para realizarla, forzoso es convenir en que en el establecimiento del cristianismo, debe haber intervenido una fuerza sobre-humana y que no puede ser menos que divina, porque Dios no haría prodigios para autorizar un error. Su Iglesia es la depositaria de la verdad y la santidad y sabiduría de su fundador, garantizan la santidad y sabiduría de su doctrina, cualidades que por otra parte reconoce la razón, comprueba la experiencia y palpitan en el fondo de las conciencias.

Los propagadores de la buena nueva, tenían que sostener la lucha más formidable que han presenciado los siglos. Debían comenzar por destruir el judaísmo, convenciendo á sus compatriotas de que estaban en un error acerca de lo que creían respecto del Mesías prometido en la ley y en los profetas; de que ese Mesías ya había venido y ese no era otro que el Hijo del carpintero de Nazaret, crucificado por ellos por sedicioso é impostor. Tenían que destruir el paganismo, religión que imperaba en todo el mundo conocido y que no solo halagaba sino divinizaba todas las pasiones, aun las más abyectas. Tenían por último que fundar el cristianismo, religión nueva que condenaba lo que los hombres creían divino; predicaba virtudes hasta entonces desconocidas; ofrecía en cambio de su observancia, en el mundo sólo amarguras; relegando el premio para otra vida y cuyo autor había sido un judío crucificado en Jerusalem en tiempo del emperador Tiberio por orden del procurador Poncio Pilato.

A la nueva doctrina se oponen las antiguas creencias, las calumnias, las burlas, las persecuciones, la muerte bajo mil formas después de los más inauditos tormentos; y lo peor de todo, el más formidable enemigo, las herejías, nacidas en el seno mismo de la nueva sociedad religiosa. Es imposible la victoria de tan colosal empresa con tan exiguos medios, dice la razón y sin embargo, la historia de diez y nueve siglos demuestra con la irresistible lógica de los hechos, por parte de quien ha quedado el triunfo, si pertenece al mundo ó á los humildes pescadores de Galilea.

Desde el momento en que la naciente Iglesia salió triunfante del fondo de las catacumbas para dominar en el imperio de los césares, sus progresos fueron más rápidos; pero el Evangelio debía ser predicado en todos los ámbitos de la tierra y esta no concluía por cierto en las columnas de Hércules.

En el momento oportuno la Providencia divina suscita un intrépido navegante, que sin sospecharlo él mismo y bajo los auspicios de los soberanos de Castilla y de León llamados por autonomasía los Reyes Católicos, debía dar á la grey de Jesucristo un nuevo mundo, como si con él Dios hubiera querido compensar en cierto modo la pérdida de la Inglaterra y de una parte de la Alemania, sustraídas á la obediencia de la Santa Sede, á causa de las herejías proclamadas por un rey lascivo y cruel y por un monge apóstata, impío y sensual.

En la conquista espiritual de la Nueva España, se advierte desde luego cierta predilección divina, pues fué encomendada á los religiosos de la orden del humilde diácono de Asís, falange privilegiada con el cargo de la custodia de la Tierra Santa y que vela continuamente por el sostenimiento del culto en los lugares que regó con su sangre y santificó con su presencia el Mártir del Calvario.

Triple fué la misión que llenaron en América los hijos de San Francisco. Como sacerdotes, debían ganar almas para Jesucristo y establecer el culto del verdadero Dios; como maestros, instruir á los nuevos cristianos en las ciencias y en las artes; como ministros de una religión que es todo caridad, interponer sus buenos oficios entre la humildad é impotencia de los vencidos y el orgullo y la barbarie de los conquistadores.

La simiente evangélica encontró un campo dispuesto para fructificar y bien pronto desaparecieron los teocalis en que al son de los teponaxtles y caracoles guerreros, se sacrificaban millares de víctimas humanas, para hacer lugar á los templos católicos en que debía celebrarse el sacrificio incruento de la nueva ley y reunirse los fieles para elevar al Altísimo sus alabanzas y sus oraciones. La sociedad se organizó sobre la base de la familia cristiana y comenzó la epopeya de la civilización y del progreso.

Desde que el estandarte de la cruz flotó en las riberas americanas, la milicia de Cristo no ha cesado de cumplir, como en todo el mundo, con la misión sublime que le está confiada. Para ella no son obstáculo ni los hielos del norte, ni los ardientes arenales del mediodía, ni las selvas ni los mares; ni arredran á los emisarios del evangelio el hambre ni la desnudez, las cadenas, ni la muerte, que tantos de ellos han encontrado en remotas regiones ó entre las hordas de los bárbaros.

Pero no es sólo en el éxito de la predicación, donde brilla la asistencia para su Iglesia, de Aquél que ofreció al fundarla permanecer con ella hasta la consumación de los siglos y dispuso que las puertas del infierno jamás prevalecieran contra ella; la historia demuestra el paternal cuidado de Dios por conservar incólumes el dogma y la moral, oponiendo en todos tiempos la verdad al error, la santidad á la disolución. San Pedro y San Pablo confunden á Simón el Mago; San Atanasio triunfa de Arrio; de Juliano el apóstata San Gregorio Nazianceno y San Basilio el Grande.

Los progresos de los sarracenos en occidente son combatidos por Carlos Martel, no menos que por Pedro el ermitaño y San Bernardo, que predicán las primeras cruzadas; el protestantismo es condenado por los padres del concilio de Trento; y para moralizar al clero, aparecen en tiempo oportuno un San Pedro Damían y un San Carlos Borromeo.

Los vicarios de Jesucristo se han sucedido sin interrupción y es notable cómo se han adaptado sus cualidades á los diversos estados sociales de la humanidad. Solo por la intervención divina se explica como existieron un San Celestino en tiempo de la irrupción de los bárbaros en Europa, un León X en el renacimiento y cómo para el siglo de la electricidad, y del vapor la Providencia elevó al sòlio pontificio á un León XIII . . .

Si además de los hechos históricos, se reflexiona en la inmensa sabiduría que rige la disciplina y la liturgia de la sociedad cristiana, más patente brilla aun la asistencia del Espíritu Santo, que á través de las edades y de vicisitudes sin cuento, ha velado por la Iglesia de Dios, conservándola tan pura como cuando los pescadores de Galilea salieron del santo cenáculo para esparcirse por toda la tierra. Aquellos murieron sin ver la magnitud de su obra; pero sus personas se suceden y se multiplican en el episcopado y la esposa de Cristo subsistirá hasta la consumación de los siglos.

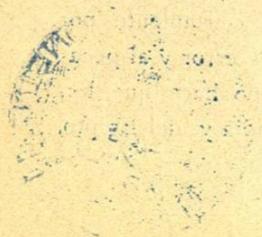
La nave de la Iglesia mejicana, no ha surcado siempre una mar tranquila y bonancible, ha sufrido también sus tempestades y sus borrascas, al par que sus hermanas de los demás pueblos de la tierra. Empero continúa serena su marcha hácia la eternidad, cumpliendo la sagrada misión de preparar á los hombres para su entrada á la verdadera vida, que después de esta existencia transitoria, empieza en el primer albor de ultratumba. Podrá haber todavía quien la combata; pero no quien la venza, sus enemigos no hacen mas que contribuir ciegamente al cumplimiento de las profecías. Siglos hace que nada nuevo se inventa contra la Religión, la materia está agotada. La administración de la Iglesia está encomendada á hombres, asistidos ciertamente por una gracia especial; pero al fin hombres y por consiguiente sujetos al error y al pecado. Si la fundación de aquella fuera obra puramente humana, tiempo hace que hubiera pasado, como pasaron las civilizaciones y las teogonias de la India y del Egipto, de Grecia y Roma.

Nutrida por esta fé, la diócesi de San Luis celebra hoy el jubileo del ilustre pastor que la gobierna Doctor y Maestro Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, cuya personalidad tiempo ha que es ventajosamente conocida, no solo en el mundo religioso, sino también en el literario. Su claro talento, su irresistible elocuencia, su amor por la instrucción, su tacto para comportarse para con el poder civil y su exquisito trato, hacen de nuestro Prelado uno de los personajes más eminentes en la historia de San Luis. Su actividad intelectual no la absorbe exclusivamente el cuidado de su grey; cultiva diversos ramos del saber humano, protege las ciencias y las artes, obra el bien y es hombre de excelente sociedad.

Reciba el predilecto del gran Pio IX, en estos mal forjados renglones; el testimonio del amor de sus hijos en Jesucristo y sus más fervientes votos porque su vida se prolongue todo lo posible y su gobierno eclesiástico sea fecundo en ópimos frutos para la Iglesia de Dios.

Carlos Garcia López Portillo.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



INDICE.

| | PAGINAS. |
|--|----------|
| Prólogo..... | 9 |
| Biografía del Ilustrísimo Sr. Montes de Oca..... | 11 |
| Historia de la Catedral, por M. Muro..... | 21 |
| Ensayo crítico de las obras del Sr. Montes de Oca por A. Ramírez.... | 31 |
| Prelados que asistieron al Jubileo..... | 48 |
| Interior de la Catedral por I. Alcocer..... | 51 |
| Composiciones del Ilustrísimo Sr. Montes de Oca..... | 54 |
| El Episcopado por Carlos García López Portillo..... | 57 |

